

Afganistán o la guerra que ya no interesa

Carles Casals*

AUNQUE lo han intentado por todos los medios y con todos los apoyos posibles, las guerrillas opositoras al gobierno de los talibanes en Afganistán aún no han conseguido poner en jaque a su enemigo. Los talibanes controlan el país; sin embargo, aún no han alcanzado la paz. Ahora, de nuevo, Afganistán está en pleno invierno. Cuando menos, es una época en que, el clima obliga, los contendientes se repliegan sobre sus posiciones y aguardan hasta los deshielos. Es sólo un interludio.

Pero ¿por qué todavía colea la guerra afgana? ¿Por qué parece tan imposible la paz? Y acaso lo más importante, ¿qué futuro aguarda a los 18 millones de afganos? El panorama económico deja mucho que desear. País eminentemente agrícola ha visto cómo los cultivos de trigo para el consumo interno ha pasado de 2,6 millones de toneladas (1980) a 1,7 toneladas (1996). Las cabezas de ganado ovino y bovino también han experimentado una dramática reducción. La cabaña bovina ha pasado de 3,7 millones de unidades en 1980 a 1,5 millones, según datos de 1994. La ovina ha pasado de los 18,7 millones de ejemplares a 14,2 millones en el mismo período de tiempo.

* Periodista.

La guerra, por supuesto, ha tenido mucho que ver con esta situación. Pero, para algunos analistas occidentales, desde la llegada de los talibanes al poder poco se está haciendo para mejorar esta tendencia. Es más, se acusa al estado afgano de preocuparse por la aplicación a rajatabla, hasta las últimas consecuencias, de los dictados coránicos.

Gobierno unificado

LA entrada de los talibanes en Kabul, en septiembre de 1996, supuso un cambio radical en la reciente historia de Afganistán. Por primera vez, el gobierno del país no se basa en frágiles alianzas sino en un poder compacto y unificado bajo la bandera del Islam. Y esto inquieta a los rusos por las repercusiones que la victoria talibán pueda tener en las repúblicas aliadas en Asia central. Irán ha perdido el control sobre su vecino y teme que un radicalismo islamista talibán le impida mantener las buenas pero frágiles relaciones con las repúblicas centroasiáticas.

Los valedores de los talibanes –Estados Unidos, China, Pakistán y Arabia Saudí– han impedido, de momento, que las guerrillas pro-rusas o pro-iraníes se hagan con el control de un país que, aun siendo el más pobre del planeta, es la pieza clave de la geoestrategia en Asia central.

En este contexto, nada tiene de extraño que los talibanes hayan captado la atención de la sociedad afgana. Y mucho menos que este movimiento fundado en otoño de 1994 haya conseguido en apenas dos años hacerse con la capital del país. Por una parte, el cansancio de la población harta de los señores de la guerra que hacen y deshacen a su antojo, que deciden sobre el futuro de aldeas y ciudades, que prometen y nunca cumplen, ha permitido a los talibanes sembrar un campo que hoy ya ha dado sus frutos.

Pero, por otra parte, no podemos obviar que el apoyo externo a los talibanes ha sido decisivo para su triunfo.

En efecto, el apoyo económico y logístico brindado por norteamericanos, saudíes y pakistaníes ha sido crucial para que los talibanes hayan conquistado Kabul.

Pero, ¿qué interés puede tener Washington en que este árido pedazo de planeta esté bajo el dominio de uno de los grupos político-religiosos más oscurantistas de este fin de milenio? Si bien existen argumentos «humanitarios», como el de dotar de un gobierno estable al país que permita la repatriación de los cerca de tres millones de refugiados y conseguir detener el cultivo de amapola –hay 80.000 hectáreas– destinadas a la producción de

opio, las razones económicas y geoestratégicas prevalecen por encima de éstas.

Por una parte, está el proyecto del oleoducto y gasoducto que partiría de los pozos de Turkmenistán, cruzaría Afganistán y desembocaría en Pakistán. Un gran proyecto financiado por norteamericanos y saudíes. En efecto, aunque ya existen antiguas canalizaciones, se trata ahora de llevar el petróleo turkmenio hasta los puertos pakistaníes, evitando el control ruso e iraní.

La intervención soviética

LA historia inmediata de Afganistán está dominada por la guerra. En los últimos veinte años, la paloma de la paz no ha sobrevolado este territorio asiático.

El 27 de abril de 1978, un grupo de revolucionarios afganos derroca y asesina al republicano Mohamed Daud. Era el principio de una serie de acontecimientos que permitieron al mundo saber que, en Asia, había un país llamado Afganistán. A la caída del presidente le siguen sublevaciones en distintos puntos del país. En las semanas que siguieron al golpe, 3.000 personas murieron como consecuencia directa de los enfrentamientos. Y la violencia iría *in crescendo*. En marzo de 1979, la sublevación de la región de Herat, mayoritariamente tayica, en el Oeste afgano, se salda con la muerte de 25.000 personas. Entre 1978 y 1979 habían muerto cerca de 300.000 personas, en las cárceles se hacinaban unos 15.000 presos políticos, y el gobierno había perdido el control sobre gran parte del territorio nacional. La insostenibilidad de la situación lleva al gobierno prosoviético de Kabul a pedir ayuda a su valedor, Moscú, amparándose en el Tratado de Amistad y Cooperación Afgano-soviético.

El 27 de diciembre de 1979 el mundo descubre que Afganistán existe y que algo debe tener de importante cuando el poderoso ejército soviético desplegó 120.000 soldados en una acción de «solidaridad internacionalista» con los hermanos afganos.

La llegada de 120.000 efectivos del ejército soviético a este territorio asiático no iba a permitir, sin embargo, mejorar la situación en el país. Al contrario, aquella guerra iba a convertirse en una pesadilla para el Kremlin, pero sobre todo para la población afgana.

La retirada de las tropas soviéticas en 1989 abrió una nueva etapa cargada de esperanzas para el pueblo afgano. Y para los gobiernos vecinos. En

efecto, el conflicto afgano facilitó la aparición de un boyante tráfico de armas, que permitió a bandas organizadas de bandidos pakistaníes de la provincia de Sind pertrecharse con fusiles de asalto y todo tipo de armamento. Lo mismo ocurrió con los grupos insurgentes islámicos de Cachemira; movimientos islamistas chinos de la provincia de Shinkiang también se armaron gracias al conflicto afgano.. Así que cuando en abril de 1992 Kabul caía en manos de los muyaidines y en el poder se instalaba un hombre «políticamente fiable», neutral y respetado, Sibghatullah Mojadiddi, pakistaníes y chinos pensaron que sus problemas iban a terminar. Pero la estabilidad quedaba aún lejos. Al conflicto armado que continuaba abierto entre distintas facciones muyaidines y entre las guerrillas étnicas (uzbecos y tayicos), se le añade el conflicto político. Porque las discusiones para ocupar escaños en el futuro parlamento constituyente no fueron tampoco por buen camino. A modo de ejemplo, el principal partido de los hazaras, el Wahdat, reivindicaba 19 de los 51 escaños del Parlamento..., tayicos, uzbekos, chiíes presentaban propuestas similares. Las cuentas, por supuesto, no salían...

La caída de Kabul

EN verano de 1996, las conservaciones entre dos «señores de la guerra», el tayico Ahmed Shah Massud y el pastún Gulbuddin Hekmatyar, culminaron en una alianza destinada a detener el imparable avance de las fuerzas talibanes. Kabul, la capital de Afganistán, sitiada y destruida en sus dos terceras partes, estaba a punto de caer. El 27 de septiembre, los talibanes entraron en la ciudad tras once meses de asedio.

El mundo se había olvidado de un país llamado Afganistán, cuando, de nuevo, boquiabierto, asistía a las dramáticas imágenes del ahorcamiento de quien fuera presidente del país hasta 1992, Mohammed Najibullah. Sus verdugos, los talibanes.

Los talibanes, los *estudiantes del Corán*, decidieron poner fin al asedio de Kabul y conquistarla, antes de que llegara el invierno. Por miles, bajaron de las montañas, abandonaron los desiertos del Sur del país y avanzaron, sin que nadie pudiera detenerlos, hasta el corazón de la capital.

Atrás quedaban las imágenes, tomadas pocas semanas antes, de confraternización de soldados gubernamentales con los guerrilleros islamistas que, en ambos bandos eran mayoritariamente de origen pastún y musulmanes sunnitas. De nada sirvieron los intentos del Primer Ministro,

Dulbuddin Hekmatyar, para encontrar una solución dialogada al conflicto.

El gobierno en pleno, presidido por el pastún Burhannudin Rabbani, gobernado por el también pastún Bulbuddin Hekmatyar y defendido militarmente por el general tayico Ahmad Shah Massud optó por abandonar la ciudad y buscar refugio en el Norte del país, en las montañas del Hindu-Kush.

A las pocas horas de entrar los talibanes en la ciudad, el abastecimiento de víveres sorprendió a una población exangüe por la escasez de productos, especialmente por los de primera necesidad. Pero también sorprendió la prisa por cerrar una de las etapas más angustiosas de la historia reciente de Afganistán: la inmolación pública del ex dictador Mohammed Hajibullah supuso una auténtica catarsis para una población que conocía los crímenes de este oscuro personaje, jefe de los servicios secretos afganos, el Khad, responsable directo de miles de muertes en las cárceles del país durante la invasión soviética y también de después de ésta.

Si bien hace un año contaban con una fuerza armada de 10.000 efectivos, hoy sus fuerzas podrían haberse multiplicado por diez. Ahora ya no son los *Donkey boys* (*chicos de los asnos*) como les conocían en los pueblos, sino los auténticos *Soldados de Dios* a quienes se teme y respeta.

Hoy, los talibanes controlan las tres cuartas partes del territorio afgano y, acaso lo más importante, las principales vías de comunicación que unen la capital con Irán, Turkmenistán y Pakistán. Su victoria, sin embargo, no pone fin a la interminable guerra de Afganistán. El conflicto continúa, los campos siguen sembrados de minas sin estallar, las viudas de los *mártires* continúan mendigando por las calles, y los «señores de la guerra» se rearman en el Norte esperando tiempos mejores para la lucha.

Desde el pasado mes de septiembre, 80.000 personas han abandonado Afganistán. Decenas de miles de personas que se añaden a los tres millones de fugitivos que desde la pasada década aguardan en los campos de refugiados de Pakistán e Irán el momento para el regreso.

Por otra parte, la cotidianidad se verá afectada por las nuevas pautas de comportamiento social prescritas por la ultraortodoxia de los mullahs –los doctores de la Ley Islámica– que hoy disponen de acuerdo con el Corán sobre lo que conviene o no a la sociedad afgana.

En efecto, como ya han hecho en las ciudades bajo su control, la vida de los kabulíes ha empezado a sufrir los primeros embates de la política social y cultural talibán.

Tiempos de oscurantismo

LOS talibanes quieren convertir Afganistán en el país con el régimen islámico más puro de la faz de la Tierra y para ello han creado el *Departamento para la Imposición del Recto Camino Islámico y la Prevención de los Males Sociales*. El régimen de los mullahs no parece dispuesto a hacer demasiadas concesiones a los laicos. Los talibanes –los *estudiantes de la religión*– controlan ya las tres cuartas partes del país. En las zonas bajo su control la *charia* es la única ley a respetar. Los opositores al régimen de los talibanes han enviado mensajes desesperados para que el mundo occidental intervenga en apoyo de su pueblo. Desde el pasado mes de septiembre, el derrocado presidente Burhannudin Rabbani y los depuestos dirigentes del régimen muyaidín de Kabul han iniciado una ofensiva diplomática –la militar la están perdiendo– para que los gobiernos europeos se impliquen en contra de los actuales amos del país. A tal punto llega la desesperación de los muyaidines que el ex presidente Rabbani, islamista antimonárquico, quiere que el rey afgano Zaher Shah, derrocado en 1973, y exiliado en Roma, se implique. Pero el monarca ha hecho, hasta ahora, caso omiso a las inquietudes de Rabbani. Lo cierto es que para los observadores internacionales costaba creer que fuera posible un sistema más estricto que el impuesto por el gobierno de Kabul desde 1992 hasta el pasado septiembre. Muchos meses antes de la caída de la capital, el entonces Primer Ministro, Gulbuddin Hakmatyar, había cerrado salas de cine, prohibido la música extranjera en radio y televisión, y los derechos de la mujer no eran, en absoluto, respetados. Las mujeres ya se paseaban por Kabul con el *chadri*, las oportunidades laborales para ellas eran mínimas y, por lo que respecta a la educación, sólo el 4 por 100 de las niñas en edad escolar estaban inscritas en algún centro educativo.

¿En qué cambiará, pues, la vida de los afganos con los talibanes? Los talibanes están contra todo aquello que pueda representar la libertad y el progreso material del ser humano: han proscrito el fútbol, clausurado los últimos cines que funcionaban, prohibido la música e incluso el ajedrez..., han destruido casi todas las antenas de televisión, especialmente las parabólicas.

Pero, sin duda, lo más grave es su política hacia la mujer: han decretado la expulsión de las mujeres de sus puestos de trabajo; les han prohibido continuar sus estudios; han cerrado, incluso, las escuelas de primaria para niñas.

En el campo de la educación, las familias afganas de mayores recursos han optado por enviar a sus hijas a Irán donde podrán continuar sus estudios

ya sean primarios, secundarios o universitarios; pero, en lo sanitario el problema es extremadamente grave: las doctoras en medicina no pueden ejercer por su condición de mujer. Y los doctores no pueden atender a mujeres. Las repercusiones en salud para la población femenina pueden ser devastadoras.

La paz inalcanzable

TERMINAR la guerra, unir Afganistán bajo una sola autoridad, conjurar los enemigos internos e iniciar planes de desarrollo para sacar el país del pozo de la miseria en el que ha quedado sumido como consecuencia de dos décadas de guerra, son los retos que el régimen de los mullahs afganos propone a la sociedad.

Objetivos que, dada la actual situación, son inalcanzables. En primer lugar, la guerra continúa. En las fronteras del Norte del país, los guerrilleros uzbekos del general Dostom, apoyados por Rusia y Francia, se rehacen de los reveses sufridos en su guerra contra las fuerzas del general Massud —de quien ahora son aliados—; los hazaras y otros grupos chiíes, apoyados por Irán, no quieren tirar la toalla y aguardan el momento para iniciar una serie de ofensivas para quebrar la hegemonía talibán.

Por lo que respecta al control de todo el país, quizás sea posible, tras diecisiete años de conflicto, que por primera vez Afganistán esté regido bajo una sola autoridad. Hasta ahora, ni bajo el régimen feudal del rey Zaher Sha, ni bajo la república de Mohammed Daud, ni bajo los socialistas de Nur Moahmed Taraki y los comunistas de Haffizullah Amin, Babrak Karmel y Mohamed Najibullah..., ni tampoco bajo el gobierno muyaidín de Burhannudin Rabbani nadie había conseguido, como lo han logrado los talibanes, unir el país, o, cuando menos, las tres cuartas partes del mismo.

En cuanto a cualquier plan de desarrollo, las nuevas autoridades de Kabul saben que los retos son muchos, los recursos para resolver cada uno de ellos, pocos. Uno de los grandes problemas que el gobierno de los talibanes deberá afrontar es el millonario número de minas antipersonales diseminadas de forma aleatoria por todo el país. Cualquier iniciativa de desarrollo, especialmente en las zonas rurales, tropezará con el «eterno vigilante»: las minas. Más de 10 millones de minas sin explotar —según informes de la Inteligencia norteamericana, hay 30 millones— no permiten poner en marcha ningún plan de desarrollo rural, al menos sin un alto riesgo para la seguridad de los campesinos. ¿De dónde sacar los 900.000 dólares que cuesta

limpiar de minas cada kilómetro cuadrado? Y lo peor, según la Cruz Roja se necesitarían 4.300 años para limpiar de minas el 20 por 100 del territorio afgano. Asimismo, aparte de los 200.000 muertos provocados por las minas, en Afganistán hay 400.000 personas discapacitadas como consecuencia del estallido de estos dispositivos. Y por otra parte, estadísticas del hospital de Kabul muestran que la cuarta parte de las víctimas de las minas antipersonales son mujeres y que otra cuarta parte son niños menores de 14 años. ¿Cómo desarrollar la agricultura? El futuro de Afganistán recoge las semillas de un tormentoso pasado.